

conocido”, y la definitiva decadencia (s. XVIII) a través, no casualmente, de la ética individual.

Es difícil exagerar la importancia de que se traduzcan, cada vez más y de manera más rigurosa, textos de otras culturas, como paso hacia el abandono por parte del hombre occidental de su posición de autosuficiencia y superioridad y como apertura a nuevos espacios donde, si no pretender encontrar respuestas, sí replantear las preguntas. En suma, diálogo entre distintas tradiciones, como vía para enriquecer el pensamiento; descubrimiento de que sólo la vida en común es posible — y hace posible el pensar.

Otro grupo esencial de los libros publicados en esta colección es el dedicado al pensamiento islámico. Por su cantidad e importancia, hemos considerado conveniente reseñarlos en un comentario unitario, que aparecerá en el próximo número de la revista.

Amanda NÚÑEZ GARCÍA

DUQUE, Félix: *La estrella errante: Estudios sobre la apoteosis romántica de la historia*. Akal. Madrid. 1997.

Duque presenta en este libro seis ensayos de los cuales cinco son inéditos. A pesar de que los temas tratados en ellos están estrechamente relacionados, cada ensayo es independiente, presentando sus propios desarrollos y conclusiones. Sin embargo, todos estos ensayos tratan de echar luz sobre un movimiento, el romanticismo, muchas veces denostado injustamente y otras admirado sin límites. Lejos de ser una mera corriente artística o una moda de la burguesía decimonónica, el romanticismo representa un actitud verdaderamente reflexiva (donde se incluye, por supuesto, y con muchísimo peso, la reflexión estética) ante los problemas de su tiempo. De todos modos, hay que decir algo en lo que Duque insiste constantemente y es que, si bien para entendernos usamos la palabra romanticismo o movimiento romántico, lo cierto es que no existió nada parecido. Grupo heterogéneo lo llama Duque, es decir, que lo que llamamos movimiento romántico surge del esfuerzo de un grupo de hombres que, aunque, en algunos casos se conocen y participan de las mismas ideas, tratan cada uno a su manera y desde distintos lugares de comprender la relación entre el hombre y la historia, entre la naturaleza y el arte, entre Dios y la Creación, etc.

Para Duque, el romanticismo se sitúa históricamente entre dos polos. Por un lado, el pensamiento ilustrado, que es a la vez el padre y el enemigo de los románticos. Por el otro, un polo aún no definitivamente concluido, que si bien se inicia con la ruptura nietzscheana con el romanticismo, todavía está presente en nuestra mentalidad, incluso paradójicamente a través del propio Nietzsche. Es decir, el romanticismo, un movimiento “tan disperso como magnífico, tan ambicioso como fallido, pervive aún hoy día “entre la nostalgia y la execración”.

El primer ensayo, “Deriva de la crítica kantiana del genio”, está dedicado al estudio de una de las brechas del sistema kantiano, desde la que se alzarán los románticos— el genio. Sabido es que a través del genio, Kant trata de dar explicación a uno de los fenómenos que no encajan en su gigantesco sistema, puesto que en él la libertad del sujeto se ve condicionada por algo superior, la naturaleza, que determina las reglas. Un fenómeno que será de vital importancia para todos los románticos el arte. A pesar de todos los intentos de Kant por “domeñar a la bestia”, esto es, por metabolizar al arte en el sistema, el genio del artista “que prepara la naturaleza para hacer de ella mundo supone una brecha en el sistema que será investigada y aprovechada por los románticos. Uno de los intentos de asimilación del genio por parte de Kant, que también tendrá importantes consecuencias en el romanticismo, es la supresión o marginación del genio individual en favor del genio colectivo que transforma las sociedades en Pueblos (*Völk*). Naturalmente, tal transformación se remonta a los tiempos oscuros de la formación de las primeras sociedades. Partiendo de la concepción kantiana del genio, los románticos desarrollarán sus propias reflexiones, fundamentalmente en dos direcciones, que sin embargo, son la misma, ya que ambas se recorren mutuamente.— El arte como expresión del genio (del individuo o del pueblo) constituye, no una vía más para el conocimiento de la naturaleza y del hombre, sino la vía definitiva, puesto que sólo a través del genio se manifiesta la naturaleza en el hombre en forma de mundo. Si para Kant el conocimiento racional nunca alcanza su meta, puesto que la cosa en sí siempre queda más allá, los románticos esperan encontrarla allí donde se hace presente para el hombre a través del genio: en el arte. La estética romántica trata de desvelar la verdadera relación entre el hombre y la naturaleza hecha mundo en el arte. En este sentido se dirige el segundo de los ensayos recogidos en el libro, “El satanismo en la estética romántica”, que trata de mostrar cómo, sobre todo en Schelling, la figura de Satanás, ya no más una simple personificación del mal ni del pecado, sino aquello que sin participar del pecado incita a él, se identifica con lo otro de Dios y, por tanto, con lo creado. Satanás ya no es una figura que recorre el mundo, sino que es propiamente el mundo y, más concretamente, lo que provoca al hombre y así se convierte en el motor de la vida humana y de la historia. Otra vez, la naturaleza manifestándose en el hombre como en el caso del genio y del arte, pero ahora como hecho sustancial, no accidental, del hombre. La caída de Satanás no supone la aparición del mal en el mundo, sino el mundo y el hombre como caída. Caída que se nos muestra como historia.

La otra dirección que toma el romanticismo, junto y a la par que la del arte, es, precisamente, la de la historia. En este sentido van dirigidos dos ensayos del libro— “El sueño romántico de Europa” y “La teología de la historia”. Podríamos decir que ésta es la dirección que el romanticismo toma cuando considera la posibilidad del genio como Pueblo. En ambos ensayos se muestra cómo el verdadero significado del estudio de la historia por parte de los románticos es escatológico—. “El movimiento

romántico es el grupo, despreciado y temido a la vez, *portador de la invención de Europa* como patria común y, también, como promesa *in nuce* de una humanidad reunificada". "El sueño de Europa es el de una *Europa de los pueblos*" unidos, no por pactos o alianzas, sino por un elemento espiritual común: la religión. Por tanto, los románticos tratarán de poner las bases para la creación de una nueva religión que sustituya al ya inoperante cristianismo, capaz de unir a los pueblos de Europa en un entusiasmo común. La teología que postulan los románticos no es un discurso acerca de Dios, sino que pretende ser el discurso de Dios. Este discurso es identificado con la Historia, de modo que el mundo se convierte en el único Reino de Dios, y la promesa de salvación en la esperanza cierta de que, en el futuro, los hombres podrán vivir en armonía entre ellos y con la naturaleza. "Decir, en suma, que la Teología se ha hecho Historia equivale a sostener que el Reino de Dios se realiza en y como Política: que Dios no existe sino como Espíritu de las diversas sociedades humanas, y como gula hacia la conjunción escatológica de éstas, dentro de diferencias irrenunciables"(¿no serán esas "diferencias irrenunciables" el genio de cada Pueblo?). Partiendo de estas consideraciones podemos entender por qué Duque afirma que "el romanticismo es la flor más bella, quizá por estéril, del cristianismo". También entendemos el subtítulo del libro: "Estudios sobre la apoteosis romántica de la historia".

De los dos ensayos restantes, el que ocupa el tercer lugar, "Nietzsche y la arqueología romántica de la historia" y el último de todos, "Las escatologías de Heidegger y Celan", tratan de mostrar cómo, a pesar de no ser siempre reconocido, encontramos elementos del romanticismo, a veces de mucha importancia, tanto en Nietzsche, como en los autores, filosóficos o poéticos, del siglo XX.

A pesar de ser discutibles, como es natural, algunos de los argumentos esgrimidos por el autor, Félix Duque presenta en estos ensayos un estudio filosófico profundo de las ideas que alumbraron los románticos, fijando además su atención en sus orígenes y, sobre todo, en las repercusiones que aquellas siguen teniendo hoy día en todos los ámbitos: filosófico, artístico, político, etc.

José VIDAL CALATAYUD

PORTER, M.: *Foucault, el marxismo y la historia (modo de producción versus modo de información)*; Traducción de Ramón Alcalde, Editorial Paidós, Buenos Aires 1987.

Concebido aún en vida de M. Foucault, este ameno y diáfano trabajo del profesor M. Porter responde a un doble propósito, —tanto interpretativo como incitador—, que, tomando como referencia las últimas producciones del filósofo francés, busca replantear la factura de los instrumentos conceptuales que permitieran oxigenar, con miras a la inmediata actualidad, un pensamiento de orientación *crítica* cuyos proble-